

Fiódor Mijáilovich
Dostoyevski
El adolescente

Traducido del ruso
por Esther Gómez Parro

Alianza editorial

Título original: Подросток

Primera edición: Septiembre de 2025

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© de la traducción: Esther Gómez Parro, 2025

© Alianza Editorial S. A., Madrid, 2025

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 979-13-7009-053-1

Depósito legal: M-11905-2025

Printed in Spain

Índice

Primera parte	9
Segunda parte	243
Tercera parte	423

Primera parte

Capítulo 1

Sin poder contenerme por más tiempo, me he sentado a escribir esta historia de mis primeros pasos en el transcurso de la vida, aunque bien podría no haberlo hecho. Solo sé con absoluta certeza una cosa: nunca jamás volveré a sentarme a escribir mi autobiografía, así viva hasta los cien años. Hay que estar demasiado enamorado de sí mismo, y de forma muy ruin, para escribir sin vergüenza alguna sobre su propia persona. Mi única disculpa es que no escribo con el mismo fin que el resto, es decir, buscando el aplauso del lector. Si de repente se me ha ocurrido escribir palabra por palabra todo lo que me ha sucedido en el último año, considero que se debe a una necesidad interna nacida de lo mucho que me han golpeado los acontecimientos. Me limito a describir los sucesos, intentando con todas mis fuerzas dejar a un lado lo secundario, y especialmente los adornos literarios. Un escritor se pasa treinta años escribiendo y al final no sabe para qué lo ha estado haciendo tanto tiempo. Ni soy literato ni quiero serlo, y arrastrar lo más profundo de mi alma y la bella descripción de mis sentimientos al mercado literario lo consideraría una baja indecente. No obstante, presiento con pena que, al parecer, será imposible eludir totalmente la descripción de emociones y las reflexiones, puede que incluso las vulgares; hasta tal punto ejerce una acción tan malévola en el ser humano cualquier actividad literaria, aunque la lleve a cabo exclusivamente para sí mismo. Además, las reflexiones pueden llegar incluso a ser muy

burdas, pues es muy posible que lo que uno aprecia puede carecer totalmente de valor para quien tiene otra visión de las cosas. Pero dejemos todo esto a un lado. Aquí se acaba mi prefacio; no volveré a escribir nada más de este tipo. Manos a la obra, si bien no hay nada más difícil que emprender cualquier acción, sea del tipo que sea.

II

Comienzo, es decir, me gustaría comenzar mis notas el 19 de septiembre del año pasado, exactamente el mismo día en que vi por primera vez...

Pero explicar a quién conocí, así, de pronto, cuando nadie sabe nada, resultaría vulgar. Creo incluso que hasta este tono mío ya es vulgar, pues habiéndome propuesto apartarme de los adornos literarios, estoy cayendo en ellos desde los primeros párrafos. Además, parece que para escribir con claridad no es suficiente el mero deseo de hacerlo. Y añadiré que en ninguna lengua europea es tan difícil escribir como en la rusa. Acabo de releer lo que he escrito hasta ahora y veo que yo soy mucho más inteligente que lo que se refleja en mis notas. ¿Cómo es posible que lo expresado por una persona inteligente sea bastante más tonto que lo que hay en ella? Es algo que he observado más de una vez tanto en mí como en mis relaciones verbales con la gente durante este último año tan amargo, y ha sido motivo de gran sufrimiento.

Aunque empezaré por el 19 de septiembre, diré, no obstante, dos palabras acerca de quién soy, dónde estuve hasta esa fecha y, por consiguiente, qué podría rondar por mi cabeza, al menos en parte, hasta esa mañana del 19 de septiembre, con el fin de que pueda resultar más inteligible para el lector, y tal vez incluso para mí mismo.

III

He terminado mi educación secundaria y en estos momentos tengo ya veintiún años. Mi apellido es Dolgoruki, y legalmente mi padre es

Makar Ivánovich Dolgoruki, antiguo sirviente de los señores Versílov. Así pues, jurídicamente soy hijo legal, aunque en realidad soy ilegítimo en grado supremo, y sobre mi origen no puede haber ni la menor duda. El hecho sucedió de la siguiente manera: hace veintidós años el terrateniente Versílov, es decir, mi verdadero padre, cuya edad entonces era de veinticinco años, decidió visitar sus posesiones en la provincia de Tula. Supongo que por aquel entonces todavía tenía en algunos aspectos una personalidad muy poco definida. Es curioso que este hombre, que tanto me ha impresionado desde la infancia, que tanta influencia ha tenido en la formación de mi alma, y que es posible que hasta pueda contagiarme de la suya durante mucho tiempo en mi futuro, me resulte en estos momentos verdaderamente misterioso en muchos aspectos. Pero sobre esto ahondaremos más adelante, no es algo que se pueda contar de cualquier manera. Aun así, esta persona va a llenar todas las páginas de mi cuaderno.

Justamente en ese momento, a la edad de veinticinco años, enviudó. Se había casado con una mujer de clase alta, aunque no muy rica, una tal Fanariótova, con la que había tenido un hijo y una hija. Los datos que tengo de esta esposa, que le había abandonado tan pronto, son incompletos y se hallan perdidos entre mi material. Lo mismo ocurre con muchas circunstancias personales de la vida de Versílov; hasta ese punto se había mostrado siempre orgulloso, altivo, cerrado e indiferente hacia mí, a pesar de que en contadas ocasiones me había mostrado una sorprendente humildad. No obstante, y para adelantar un poco lo que vendrá después, diré que a lo largo de su vida derrochó tres grandes fortunas, unos cuatrocientos mil rublos, tal vez más. Ahora, como se comprenderá, no le queda ni un cópec...

Apareció por aquel entonces en la aldea «sabe Dios a qué»; al menos esa fue la expresión que utilizó después al hablar conmigo. Como era habitual, no se ocupaba de sus hijos pequeños, que estaban a cargo de unos parientes. Así se comportó siempre con todos sus hijos, tanto legítimos como ilegítimos. En sus tierras había entonces una gran cantidad de siervos y criados, y entre ellos se encontraba el jardinero Makar Ivánovich Dolgoruki. En este punto debo decir, para que quede claro de una vez y para siempre, que habrá pocos que puedan odiar tanto su

apellido como lo he hecho yo a lo largo de toda mi vida. Es una tontería, por supuesto, pero así ha sido. Cada vez que ingresaba en una escuela o conocía a personas a las que por mi edad estaba obligado a dar explicaciones, es decir, cada vez que una maestra, tutor, inspector o pope —esto es, cualquiera— me preguntaba mi apellido y escuchaba Dolgoruki, de inmediato, y por alguna razón, consideraba que debía añadir:

—¿Príncipe Dolgoruki¹?

Y todas las veces tenía que aclarar lo mismo a todas estas personas con cargos:

—No, Dolgoruki sin más.

Ese «sin más» acabó por sacarme de quicio. Debo decir, como si de un fenómeno se tratara, que no hubo ninguna excepción: todos hacían la misma pregunta. Era evidente que a algunos les era totalmente indiferente. No sé quién demonios podía considerar que era necesario preguntar. Pero todos lo hacían, del primero al último. Al escuchar que mi apellido era Dolgoruki sin más, solían mirarme de arriba abajo con una expresión necia de lo más indiferente, dando a entender que esa misma persona no sabía para qué lo había preguntado, y continuaba su camino. Los compañeros de escuela preguntaban con más saña aún. ¿Cómo pregunta un escolar a un novato? Cuando este último llega el primer día a la escuela (sea la que sea), desorientado y confundido, se convierte en la víctima para todos; le dan órdenes, se burlan de él, le tratan como a un lacayo. Un niño sanote y gordo se planta delante de él y, con una mirada severa y arrogante, lo observa tranquilamente durante unos instantes. El novato permanece delante de él en silencio, mira de reojo y, si no es un cobarde, espera a ver qué pasa.

—¿Cuál es tu apellido?

—Dolgoruki.

—¿Príncipe Dolgoruki?

—No, Dolgoruki sin más.

¹ Hace mención a Yuri Dolgoruki, príncipe de Kiev y fundador de la ciudad de Moscú en el año 1447. El apellido significa literalmente «manos largas» o «brazos largos». En ruso se utiliza la misma palabra para ambos miembros.

—¡Ah, sin más! Qué tonto.

Y tiene razón. No hay nada más estúpido que apellidarse Dolgoruki sin ser príncipe. Y con esta estupidez debo cargar sin tener culpa alguna. Como consecuencia de eso, cuando ya empecé a enojarme seriamente, cada vez que me preguntaban si era príncipe respondía lo mismo:

—No, soy hijo de un criado que anteriormente había sido siervo.

Y finalmente, cuando llegué al grado máximo de enojo, a la pregunta de si era príncipe respondí con toda firmeza en una ocasión:

—No, soy Dolgoruki sin más, hijo ilegítimo de mi antiguo amo, el señor Versílov.

Esta respuesta se me ocurrió cuando ya estaba en sexto curso de secundaria y, aunque no tardé en darme cuenta de que era una tontería, seguí usándola por un tiempo. Recuerdo que uno de los profesores —y fue el único— descubrió que yo estaba «lleno de ideas vengativas y cívicas». En general, aceptaban mi rareza con un aire pensativo que me ofendía. Por fin, uno de mis compañeros, un chico muy sarcástico con el que apenas hablaba una vez al año, mirándome de reojo me dijo:

—Cierto es que albergar esos sentimientos le honra, sin duda, y tiene motivos para sentirse orgulloso. Yo en su lugar no me enorgullecería tanto de ser hijo ilegítimo... ¡Pero parece que usted lo celebra como si fuera su santo!

Desde ese momento dejé de presumir de ser hijo ilegítimo.

Repito que es muy difícil escribir en ruso; aun así, he escrito tres páginas enteras sobre lo mucho que mi apellido llegó a irritarme a lo largo de mi vida. Entretanto, posiblemente el lector haya llegado ya a la conclusión de que me irritaba precisamente por no ser príncipe, sino simplemente Dolgoruki. Explicarlo de nuevo y justificarme me resultaría humillante.

IV

Así pues, entre tantos criados había una joven que tenía ya dieciocho años cuando mi padre legal, Makar Ivánovich, que había cumplido ya

los cincuenta, manifestó su intención de casarse con ella. Como es sabido, en la época de la servidumbre los matrimonios entre siervos debían contar con la aprobación de sus amos, y a veces incluso se llevaban a cabo por orden directa de los mismos. En la hacienda se hallaba por aquel entonces una tía, es decir, no era mi tía, sino que era propietaria, pero no sé por qué todos la llamábamos tía; y no solo nosotros, sino toda la gente, incluida la familia de Versílov, con la que probablemente estaba emparentada. Se llamaba Tatiana Pávlovna Prutkova y tenía en la misma provincia y en el mismo distrito treinta y cinco siervos². Debido a su proximidad, supervisaba, más que dirigía, en nombre de Versílov, toda su hacienda (incluidos sus quinientos siervos) y, por lo que he oído, lo hacía tan bien como cualquier administrador experimentado. Aunque sus conocimientos no son en absoluto asunto mío, sí quiero añadir, dejando de lado cualquier idea de adulación o deseo de quedar bien, que la tal Tatiana Pávlovna era un ser noble y hasta original.

He aquí que no solo no se opuso a las intenciones matrimoniales del sombrío Makar Dolgoruki —dicen que en aquella época era un hombre lúgubre—, sino todo lo contrario; por alguna razón las apoyó en buena medida. Sofía Andréyevna, la sierva de dieciocho años —es decir, mi madre—, había quedado huérfana hacía tiempo. Su difunto padre, también siervo, que respetaba muchísimo a Makar Dolgoruki y se sentía en cierto modo en deuda con él, mientras agonizaba —y hacía de eso seis años— en su lecho de muerte, incluso según cuentan un cuarto de hora antes de exhalar el último suspiro, pidió a Makar que se acercara, delante de toda la servidumbre y del sacerdote allí presente, señaló a su hija y le dijo en voz alta y contundente: «Críala y tómala por esposa». Esto lo escucharon todos. Claro que, en caso de ser necesario, su conducta bien podría atribuirse al delirio, aunque como siervo no tenía ninguna capacitación legal. En lo referente a Makar Ivánovich, no sé por qué motivo llegó a casarse, si por gran satisfacción por su parte o simplemente por cumplir el deseo del moribundo. Lo más

² En el original ruso se dice «almas» para contar el número de siervos. Era el sustantivo habitual para ellos.

probable es que se mostrara indiferente. No era un hombre culto ni sabía leer ni escribir, aunque conocía bien el ritual litúrgico y las vidas de algunos santos, más que nada de oídas; tampoco es que fuera, por así decirlo, la voz cantante de los siervos. Simplemente era un hombre con un carácter obcecado, a veces incluso temerario. Hablaba como si lo supiera todo, juzgaba con contundencia y, en conclusión, «vivía honorablemente», según su propia y asombrosa palabra. Así era él en aquel entonces. Por supuesto, contaba con el respeto de todos, pero dicen que nadie lo soportaba. Muy distinto fue cuando dejó de servir en la hacienda. Entonces empezaron a recordarlo como un santo que había soportado mucho sufrimiento. Esto lo sé con toda certeza.

En cuanto a mi madre, Tatiana Pávlovna la mantuvo siempre a su lado, a pesar de la insistencia del administrador de la hacienda en mandarla a Moscú para estudiar. Tatiana Pávlovna le dio cierta educación, es decir, la enseñó corte y confección, modales de señorita e incluso un poco de lectura. Pero mi madre nunca llegó a escribir correctamente. A sus ojos el matrimonio con Makar era algo decidido desde hacía tiempo y todo lo que le sucedió a partir de entonces le pareció extraordinario y mejor que mejor. Durante la boda se mostró con el semblante más tranquilo que puede tener una novia en semejante circunstancia, hasta el punto de que la propia Tatiana Pávlovna la definió como «un pez». Todo lo referente al carácter de mi madre en aquella época se lo he oído decir a Tatiana Pávlovna. Versílov apareció en la aldea justo seis meses después de celebrarse el matrimonio.

V

Solo quiero decir que nunca he podido averiguar ni adivinar satisfactoriamente cómo empezó en realidad su relación con mi madre. Estoy totalmente dispuesto a creer que no hubo romance alguno, sino que «se dio sin más». Esto fue lo que me aseguró él mismo el año pasado, sonrojado, a pesar de contármelo con una expresión de lo más natural e «ingeniosa». Creo que es cierto, y en ruso su expresión resultaría encantadora, pero aun así siempre he querido saber con certeza qué ocu-

rrió realmente entre ellos. Toda mi vida he odiado y sigo odiando esas vilezas. La cuestión, por supuesto, no es la mera curiosidad desvergonzada por mi parte. Debo indicar que hasta el año pasado apenas conocía a mi madre. Desde la niñez entregaron mi crianza a otras personas, para comodidad de Versílov, de lo que por cierto se hablará después. Por eso no puedo imaginar cómo sería el rostro de ella en aquel entonces. Si no era hermosa, ¿qué pudo encontrar en ella un hombre tan seductor como era entonces Versílov? Es una pregunta importante para mí, en el sentido de que en ella se dibuja el lado más extraordinariamente curioso de este hombre. He aquí la razón por la que pregunto, pues no lo hago por perversión. Él mismo, este hombre lúgubre e introvertido, cuando se dio cuenta de que debía hacerlo —y con una dulce ingenuidad que a saber Dios de dónde se la habría sacado (seguramente del bolsillo)—, me dijo que por aquel entonces era «un cachorro absolutamente estúpido»; y no porque fuera sentimental, sino porque era así, sin más, y que acababa de leer *Antón el desdichado*³ y *Polinka Saks*⁴, dos obras literarias que ejercieron una enorme influencia civilizadora en la generación más joven de entonces. Y añadió con absoluta seriedad que tal vez la lectura de *Antón el desdichado* había sido el motivo que lo llevó a visitar la aldea. ¿De qué manera pudo este «cachorro estúpido» iniciar alguna relación con mi madre?

Se me acaba de pasar por la imaginación que, si yo contara con al menos un lector, probablemente se reiría de mí y me tacharía de adolescente ridículo que, conservando su tonta ingenuidad, osa inmiscuirse y juzgar cosas de las que nada entiende. Es cierto, sí, que todavía no comprendo, si bien lo reconozco con toda humildad, porque sé hasta qué punto es ciega la inexperiencia de un mozo de veinte años. Pero le diré a este caballero que él mismo tampoco entiende nada, y se lo voy a demostrar. Es verdad que no sé nada acerca de las mujeres, y tampoco quiero saberlo, porque me he prometido a mí mismo que no

³ Novela del escritor ruso Dmitri Vasílievich Grigoróvich (1822-1899) en la que se relatan las consecuencias del enfrentamiento de un campesino ruso a su señor.

⁴ Publicada en el mismo año que la anterior (1847), es obra de Alexandr Vasílievich Druzhinin (1824-1864). En ella se plantea el tema de los derechos de las mujeres.

me voy a interesar por ellas en toda mi vida. Sin embargo, sé que hay mujeres que seducen en un instante con su belleza, o con Dios sabe qué. A otro tipo de mujeres hay que estar medio año tanteándolas para saber qué guardan en su interior; y para considerar a una de estas últimas y llegar a enamorarse de ella no basta con mirarla ni estar dispuesto a cualquier cosa, sino que por encima de todo hay que estar dotado de algún don. De esto estoy convencido, aunque no sepa nada, y, en caso de no ser así, habría que rebajar de golpe a todas las mujeres al nivel de simples animales domésticos para, solo de esa forma, conseguir mantenerlas al lado de uno. Tal vez a muchos les gustaría que así fuera.

Sé con certeza, por diversas fuentes de fiar, que mi madre no era una belleza, aunque nunca he podido ver un retrato suyo de aquella época y que debe de estar en algún lugar. Así pues, era imposible enamorarse de ella a primera vista. Para «pasar un rato» Versílov podría haber elegido a otra, y la había, aún soltera, una criada llamada Anfisa Konstantínovna Sapozhkova. Para un hombre que había llegado con un *Antón el desdichado* en las manos, destruir basándose en su derecho señorial la santidad de un matrimonio, aunque fuera de un criado, habría sido muy vergonzoso ante sí mismo, porque, repito, hace apenas unos meses, es decir, al cabo de veinte años, seguía hablando de lo más seriamente sobre el tal Antón. ¡Pero a Antón solo le habían robado el caballo, y aquí se trataba de robar una esposa! Debió de ocurrir algo especial que dejó como perdedora a *mademoiselle* Sapozhkova (aunque yo creo que salió ganando). Volví a insistirle nuevamente el año pasado —cuando era posible hablar con él, porque no siempre lo era— con todas estas preguntas y advertí que, a pesar de toda su vida social y de los veinte años transcurridos, se resistía tenazmente a hablar. Pero yo seguí insistiendo. Por lo menos en una ocasión, con esa expresión de descontento humano que de vez en cuando se permitía conmigo, recuerdo que murmuró algo chocante: mi madre era un caso especial entre las indefensas, del cual no te enamoras —todo lo contrario—, pero de repente, por alguna razón, empiezas a compadecer, por su manse dumbre, o si no, ¿por qué? Esto uno nunca lo sabe, pero la compasión dura mucho tiempo. Compadeces y te vas ligando a ella... «En una palabra, querido mío, a veces ocurre que ya no puedes desligarte».

Esto fue lo que me contó, y si realmente fue así, me vi obligado a no considerarlo ya el «cachorro tontorrón que había sido entonces», como él mismo aseguraba haber sido en aquella época. Era algo que yo necesitaba.

Por lo demás, le dio entonces por afirmar que mi madre se había enamorado de él por un sentimiento de «humillación». ¡Solo le faltaba asegurar que lo había hecho haciendo uso del derecho de servidumbre! ¡Mentía por vanidad, mentía contra su propia conciencia, contra el honor y la nobleza!

Todo esto lo he dicho, sin duda, como una especie de alabanza hacia mi madre, si bien ya he explicado antes que ignoraba todo lo referente a cómo había sido ella entonces. Es más, sé muy bien lo impenetrable que es ese entorno y conozco las lamentables ideas que la insensibilizaron desde la niñez y que ha mantenido durante toda su vida. Sin embargo, la desgracia se consumó. Por cierto, debo rectificar algo: volando en las nubes olvidé mencionar un hecho que, en realidad, debería haber mencionado al principio. A saber: todo su asunto nació precisamente de la desgracia. (Espero que el lector no tenga que romperse la cabeza para entender al instante lo que quiero decir). En una palabra, comenzó de la manera más señorial, aunque hubieran dejado de lado a *mademoiselle* Sapozhkova. Pero en este punto debo adelantarme y anunciar que no me contradigo en absoluto. Pues ¿de qué, Señor mío? ¿De qué podría hablar un hombre como Versílov en aquel entonces con alguien como mi madre? Aun en el caso de que sintiera por ella un amor especial y hasta irresistible. He oído decir a algunos pervertidos que con muchísima frecuencia los hombres se acercan e inician el contacto con una mujer en un silencio total, lo que, desde luego, es de lo más monstruoso y repugnante. En cualquier caso, Versílov no podría haber empezado con mi madre de ninguna otra manera, aunque hubiera querido. ¿Es que podría haberlo hecho explicándole la esencia de *Polinka Saks*? Y, sobre todo, lo que menos les interesaba era la literatura rusa. Al contrario, según sus propias palabras (en una ocasión me habló con sinceridad), se escondían a solas por los rincones, se esperaban en las escaleras y salían disparados como pelotas, totalmente sonrojados, si alguien se acercaba, y el «tirano hacendado»

temblaba como una simple lavandera a pesar de tener todos los derechos como señor. Así pues, todo empezó «a lo señorial» y así acabó, aunque no, en esencia no, pero resulta imposible explicarlo, y de hecho se torna aún más oscuro. La dimensión de su amor constituye para mí un misterio, pues la primera condición que se ponen los que son como Versílov es cortar la relación en cuanto han conseguido su objetivo. Pero no fue así. Pecar con una sierva guapa y coqueta —aunque mi madre nunca coqueteó— era para un «cachorro» libertino —y todos lo eran, sin excepción, tanto progresistas como retrógrados— no solo posible, sino inevitable, especialmente teniendo en cuenta su novelesca situación de viudo joven y ocioso. Pero quererla toda la vida es decir demasiado. No puedo asegurar que la haya querido, pero de lo que no hay duda es de que la arrastró tras de sí toda la vida.

He hecho muchas preguntas, pero hay una, la más importante, debo reconocer, que no me he atrevido a plantear abiertamente a mi madre, a pesar de haber estrechado lazos con ella el año pasado y, sobre todo, teniendo en cuenta que soy un mozo grosero e ingrato que piensa que todos son culpables ante él y que nunca me he andado con rodeos con ella. La pregunta es la siguiente: ¿cómo pudo ella, que ya llevaba medio año casada y oprimida por todas las ideas relativas a la legalidad del matrimonio como una mosca desvalida, y que tanto respetaba a su Makar Ivánovich como si fuera un dios? ¿Cómo pudo, sin decir una palabra, en apenas dos semanas, llegar a cometer semejante pecado? ¿Acaso era mi madre una pervertida? Todo lo contrario, me apresuro a decir: es difícil imaginar un alma más pura, y así ha sido toda su vida. Tal vez se la pueda justificar diciendo que lo hizo sin tener conciencia de lo que hacía, pero no en el sentido en que utilizan esto los abogados cuando defienden a sus clientes asesinos y ladrones, sino en el sentido de encontrarse bajo una fortísima impresión, la cual domina fatal y trágicamente a la víctima cuando esta es ingenua en exceso. ¿Cómo saberlo? Es posible que ella se enamorara hasta la muerte... del corte de sus trajes, de la raya parisina de su peinado, de su acento francés —nada menos que francés, del que ella no entendía ni una sola letra—, de una romanza que él cantó al piano, de algo nunca visto ni oído... Y además él era muy guapo. El caso es que se enamoró de él

hasta la extenuación, de todo él, con todos sus trajes y romanzas. He oído que esto ocurría a veces con las criadas jóvenes en tiempos de la servidumbre, incluso con las más decentes. Esto puedo entenderlo, ¡y sinvergüenza aquel que quiera explicarlo basándose únicamente en el derecho del hacendado y la «humillación» de la servidumbre! Así pues, tal vez este joven tenía tanta fuerza de seducción como para atraer a un ser hasta entonces puro (y, lo más importante, un ser tan distinto a él, venido de otro mundo y de otra tierra) y arrastrarlo hasta tan evidente perdición. Espero que mi madre comprendiera durante el resto de su vida que aquello fue en efecto su perdición, aunque, probablemente, mientras caminaba hacia ella no era consciente en absoluto. Así les ocurre siempre a estas criaturas «indefensas»: saben que es su desgracia, pero se arrastran hasta ella.

Cometido el pecado se arrepintieron de inmediato. Él me contó, de forma ingeniosa, que había llorado en el hombro de Makar Ivánovich, a quien había hecho llamar a su despacho expresamente para contarle lo sucedido, y ella... Ella mientras tanto yacía en algún cuartucho olvidado del servicio...

VI

Pero basta ya de interrogantes y detalles escandalosos. Una vez hubo comprado a mi madre a Makar Ivánovich, Versílov no tardó en marcharse y desde entonces, como ya he dicho antes, empezó a llevarla consigo casi a todas partes, excepto en aquellas ocasiones en que se ausentaba por largo tiempo. Entonces la dejaba al cuidado de la tía, es decir, de Tatiana Pávlovna Prutkova, con la cual se podía contar siempre en esos casos. Vivieron en Moscú, en distintos pueblos y ciudades, incluso llegaron a estar en el extranjero, y finalmente en San Petersburgo. Acerca de todo esto escribiré más tarde, aunque tal vez no valga la pena. Diré solamente que un año después de haber dejado a Makar Ivánovich nació yo, y al cabo de otro año mi hermana, y al cabo de diez, o quizás once, vino al mundo un niño enfermo, mi hermano pequeño, que murió a los pocos meses. Con este triste nacimiento llegó a su fin

la belleza de mi madre, o al menos eso fue lo que me dijeron, que empezó a envejecer y demacrarse rápidamente.

Sin embargo, la relación con Makar Ivánovich nunca se rompió. Dondequiera que se encontraran los Versílov, tanto si se habían instalado por varios años o acababan de mudarse, Makar nunca dejaba de mandar noticias suyas a la «familia». Se fueron creando unas relaciones extrañas, en parte protocolarias y casi serias. En la vida señorial siempre existía un aspecto cómico en este tipo de relaciones, eso ya lo sé, pero aquí no se dio. Las cartas llegaban dos veces al año, ni una más ni una menos, y todas ellas eran extremadamente parecidas. Yo las veía. En ellas apenas había nada personal; al contrario, en la medida de lo posible se limitaban solamente a descripciones solemnes de los sucesos y sentimientos más cotidianos, si es que se puede decir algo así de los sentimientos. Antes que nada, se informaba de la salud propia, después seguían preguntas acerca de la salud de la familia, y tras ellas se expresaban buenos deseos, ceremoniosas inclinaciones, bendiciones y nada más. Parece ser que toda la formalidad del tono y el buen conocimiento de cómo debía ser el trato en ese ambiente se manifestaba precisamente en esa generalización e impersonalidad. «A nuestra amable y respetada esposa Sofía Andréyevna le envió mi más humilde saludo...». «A nuestros queridos hijos les envió mis bendiciones paternas, eternamente inquebrantables». Todos los hijos eran mencionados por su nombre, en la medida en que iban naciendo, incluido yo. Respecto a esto debo decir que Makar Ivánovich era tan astuto que nunca se dirigía a «su señor, el muy distinguido y respetadísimo Andrei Petróvich» como su «benefactor», a pesar de que en todas sus cartas le hacía llegar sus más humildes saludos, rogándole su favor y pidiendo para él la bendición divina. Las respuestas a Makar Ivánovich las enviaba mi madre a vuelta de correo, observando en ellas el mismo tono. Se sobrentiende que Versílov no participaba en esta correspondencia. Makar Ivánovich escribía desde los más remotos lugares de Rusia, desde ciudades y monasterios en los que a veces pasaba largas temporadas. Se había convertido en lo que se conoce como peregrino errante. Nunca pedía nada, pero una vez cada tres años sin falta se presentaba en casa para reposar y se alojaba junto a mi madre, que siempre había te-

nido sus propias habitaciones independientes de las de Versílov. Más tarde comentaré esto, pero aquí me limitaré a decir que Makar Ivánovich no se tiraba a pierna suelta en los sofás del salón, sino que se instalaba modestamente detrás de una mampara. Solía pasar con nosotros cinco días o una semana, no más.

He olvidado mencionar que le encantaba y respetaba al máximo su apellido, Dolgoruki. No hace falta decir que era una total ridiculez. Y lo más ridículo de todo era que le gustaba su apellido porque había existido un príncipe Dolgoruki. ¡Una idea de lo más extraña, pues debería haber sido justamente al revés!

Si he dicho que toda la familia estuvo siempre unida, se entiende que no me refería a mí. Fui una especie de descastado, y casi desde que nací me pusieron al cuidado de personas extrañas. Pero no hubo en esto la menor intención premeditada, simplemente se dio así. Después de darme a luz mi madre seguía siendo joven y bien parecida, por lo que él seguía necesiéndola, y un crío llorón era siempre un estorbo, especialmente en los viajes. He ahí el motivo por el que hasta los diecinueve años casi no vi a mi madre más que en dos o tres breves ocasiones. Y no se debió a los sentimientos de mi madre, sino a la altivez que mostraba Versílov ante la gente.

VII

Pasemos ahora a algo totalmente distinto.

Hacía un mes —es decir, un mes antes del 19 de septiembre— que, estando yo en Moscú, decidí renunciar a todos ellos y meterme de lleno definitivamente en mi idea. Así es como quiero expresarlo: «meterme de lleno en mi idea», porque esta expresión puede explicar casi todo mi pensamiento principal, aquello por lo que vivo en este mundo. Qué significa «mi idea» es algo en lo que me extenderé más adelante. En la soledad soñadora y en mis muchos años de vida en Moscú, la idea nació cuando aún estaba en el sexto curso y hasta ahora no me ha abandonado ni un solo instante. Ha absorbido toda mi existencia. Antes de ella yo ya vivía en sueños, desde la infancia viví en un reino de

sueños de un matiz conocido, pero con la aparición de esta idea fundamental que ha absorbido todo lo que hay en mí, mis sueños se tornaron más fuertes y de buenas a primeras adquirieron una forma conocida: en vez de estúpidos se volvieron razonables. La escuela secundaria no era un obstáculo para los sueños, ni tampoco para la idea. No obstante, debo añadir que acabé el último año de secundaria con malas calificaciones, cuando hasta el séptimo curso siempre había estado entre los mejores alumnos, y todo debido a la idea, como resultado de la conclusión, tal vez errónea, que yo había sacado de ella. Así pues, el colegio no fue un obstáculo para la idea, sino que la idea fue un obstáculo para el colegio y también para la universidad. Al acabar la secundaria tuve de inmediato la intención de romper radicalmente no solo con todos mis familiares y conocidos, sino también, de ser necesario, con el mundo entero, a pesar de que contaba entonces con tan solo diecinueve años. Escribí a quien debía en San Petersburgo, a través de la persona indicada, y pedí que me dejaran definitivamente en paz, que no me mandaran más dinero para mi mantenimiento y, de ser posible, que se olvidaran completamente de mí (es decir, si se daba el caso de que se acordaran en algún momento de mí); y acabé mi escrito con la frase de que «por nada del mundo ingresaré en la universidad». Tenía ante mí un dilema extraordinario: o renunciar a la universidad y futura formación, o posponer cuatro años más la inmediata puesta en práctica de la «idea». Sin vacilar me incliné por la idea, ya que estaba matemáticamente convencido de ella. Versílov, mi padre, al que había visto tan solo una vez en mi vida, durante un instante cuando tenía diez años (y al que le había bastado ese instante para causarme una honda impresión), en respuesta a mi carta, que por cierto no iba dirigida a él, me invitaba a San Petersburgo en una nota de su puño y letra, prometiéndome un empleo con un particular. La invitación de este hombre seco y orgulloso, que se había mostrado altivo y displicente conmigo y que hasta entonces, después de haberme engendrado y puesto al cuidado de otras personas, no solo no sabía absolutamente nada de mí, sino que ni siquiera se había arrepentido jamás de ello (quién sabe, tal vez tuviera una idea difusa e imprecisa de mi existencia, pues como se vio después ni siquiera era él quien mandaba el dinero para mi manteni-